

constató la presencia de la forma humana por primera vez en Buenos Aires, en una familia, todos cuyos componentes murieron, y en 1918 hubo otro brote en una cuadrilla volante de peones, con más de 30 casos. El último brote argentino (1926) parece haber sido el de Lezama, F. C. S., con 9 enfermos. Según Odriozola, el jefe del laboratorio de triquina, de los mataderos municipales de Buenos Aires, decomisan e inutilizan allí cada año más de 1,500 cerdos triquinosos, y la proporción ha subido de 5 por ciento en 1923, a 6 por ciento en 1924, y más de 8 por ciento en 1925. Pueden compararse esas cifras con las de los Estados Unidos, en que el Departamento de Agricultura encontró el parásito en 41,659 de 2,227,740 cerdos, o sea casi en 2 por ciento.

La prevención de la triquinosis es bastante fácil, si se observan los dictados de la ciencia y la experiencia. Como no hay método de inspección capaz de determinar positivamente la presencia o ausencia de triquinas, el único modo seguro de precaver la enfermedad consiste en cocer bien toda la carne de cerdo y sus productos a una temperatura de 71° C., y tratándose de carne fresca, hasta que se vuelva perfectamente blanca. La carne ahumada, salada, o curada, no puede ser siempre considerada inocua, aunque Ramson hizo notar hace ya años que la refrigeración a 5° C. bajo cero durante no menos de 20 días, mataba las triquinas.

En todo caso en que se haya consumido carne de cerdo, de presentarse fiebre continua, diarrea y algias musculares (debidas a la migración de los parásitos) y articulares, no debe perderse tiempo en esclarecer el diagnóstico por medio de la raquicentesis y el examen del líquido centrifugado, si bien no siempre se encontrarán los parásitos, aun existiendo la dolencia. En un brote en la ciudad de East St. Louis, Estado de Illinois, E. U. A., el año pasado, los síntomas clínicos más persistentes fueron: edema ocular y facial, y miositis. Una intradermorreacción en estudio ahora, además de la precipitinorreacción (ambas de Bachman), quizás facilite el diagnóstico diferencial en el futuro. La típica eosinofilia puede quedar eclipsada por las complicaciones, y éstas conducir a un diagnóstico de tifoidea o paludismo.

Como las ratas pasan por ser los huéspedes más comunes de las triquinas, he ahí una razón más para proseguir a todo trance la campaña contra esos roedores en mataderos, carnicerías, mercados y corrales de cerdos.

---

#### ¿PAGA O NO LA HIGIENE?

Para el higienista que sabe lo que vale y representa su ciencia, preguntar o calcular si paga o no la higiene, es pecar de tonto o de ignorante. Sin embargo, es un hecho que el mejor modo de predicar higiene a las masas y de conseguir de parte de los gobernantes las

sumas necesarias para realizar necesarios trabajos higiénicos, consiste en demostrar con cifras lo que representa la obra sanitaria en términos económicos. Esto no es difícil hacerlo, con solo dar un vistazo a algunas páginas de la historia moderna. Reed calculó que desde 1793 hasta fines del siglo XIX la fiebre amarilla debió haber motivado no menos de 100,000 muertes en los Estados Unidos, la mayor parte de las cuales recayeron en la ciudad de Nueva Orleans. Dando por sentado que la mortalidad representó 20 por ciento, no debió haber menos de 500,000 casos de fiebre amarilla en los Estados Unidos en el mismo período. Esas 100,000 muertes evitables, asignando a cada vida humana el valor corriente de \$20,000, representaría la enorme suma de dos mil millones de dólares, o sea el tributo de que se ha privado a una sola enfermedad, y eso sin contar lo gastado en tratamiento, o sea unos \$100 por caso, y en conjunto 50 millones de dólares. Cálculos semejantes podrían hacerse con respecto a otros flagelos del pasado, como la viruela, la tifoidea, la difteria, y en particular la mortalidad infantil, que en los últimos 25 años ha sido disminuída casi a la mitad.

Lumsden declara que cada dólar gastado en buen servicio de higiene rural, rinde al público más que ningún otro dólar del erario público, y según él, los dividendos anuales varían en distintas localidades de 100 a 3,000 por ciento, haciendo caso omiso de lo que representan las economías realizadas en vida, salud y felicidad.

Un departamento de sanidad de los Estados Unidos, el de la ciudad de Detroit, ha ofrecido en términos concretos prueba palmaria de si la higiene paga o no. En dicha población el coeficiente de mortalidad promedió en el quinquenio 1915-1919, 13.8 por mil, en tanto que en el último quinquenio sólo promedió 11.5, es decir, que viven aun 15,185 personas que hubieran muerto de no haber cambiado las condiciones anteriores. Cotizando esas vidas humanas al precitado valor de \$20,000, el total economizado representa más de 300 millones de dólares, o sea un promedio de más de 60 millones anuales. En cambio, lo gastado en la sanidad municipal, incluso mantenimiento de hospitales, no llegó a 13 millones en el último quinquenio, o sea unos \$2,600,000 al año. Las tres enfermedades contra las cuales existen métodos profilácticos más eficaces son: viruela, difteria y tifoidea. De 1920 a 1924 hubo en Detroit 21,492 casos de esas tres enfermedades, y en el último quinquenio sólo 12,614, es decir, 8,868 menos en una población un 31.8 por ciento mayor. Si cada caso cuesta \$100, y esa cantidad no es exagerada, pues el tiempo perdido equivale a tres semanas de trabajo, el ahorro solamente en esas tres enfermedades representó \$1,287,900, o sea la mitad de lo que cuesta el departamento de sanidad al año. La lista podría alargarse indefinidamente. He ahí cifras que deben meditar los encargados de dirigir los destinos políticos de los pueblos,